

LA HERENCIA DEL TIO LUCAS

VAMOS... que esto ya pasa de castaño obscuro! Tres colocaciones, en nada de tiempo. ¡Se puede resistir esto, Eulalia de mi alma! Siempre cumpliendo, siempre trabajando y á lo mejor...

—No te desesperes, Julián: así es el mundo; todo está muy malo, pero...

—No hija, así es Barcelona; economía de céntimos y despilfarro de duros. ¡Mira tú que despedirme ahora por economías! Economías, en una casa en que se tira el dinero por la ventana; economías cuando...

—En todas partes creo yo... Pero Dios querrá; tú eres trabajador; en otras nos hemos visto; y luego, no somos más que los dos...

—Ya, sí, dos; pero con dos estómagos. ¡Y la casa!

—Que esa siempre está comiendo; ya lo veo.

—Vamos, si te digo que no quiero hablar, si me pongo negro. ¡Señor! ¿Por qué no se nos morirá algún bendito pariente que sea rico?

—Como no sea de los tuyos, lo que es de los míos...

—Ni de los míos tampoco; digo, miento, tengo al tío Lucas, pero hace la mar de años que no nos vemos... y por cartas... Nosotros debimos ir este año á Valencia.

—¿Pero tú crees que será rico todavía?

—Mujer, ya te dije lo que heredó; algo deberá tener... la casa por lo menos, supongo yo.

—Pues hijo, bien sabe Dios que no deseo su muerte... ¡Ay! Pero si te dejara algo ¡nos vendría ahora tan bien... tan bien...!

—¡Figúrate tú! Pero no se morirá, cá, no ves que hace falta. ¡Hay gente inoportuna hasta para morirsel!

—¿Quién sabe, hombre, al que es bueno Dios le ayuda!

—¿Tiene gracia! De modo que, por lo visto, yo pierdo por malo las colocaciones. ¿No es eso?

—No, hombre, qué ha de ser eso; todo lo echas á mala parte; lo que yo quiero decirte, es que me da el corazón que esto se despejará.

—Es que maldita la falta que hacía el que se nublara, y... oye, vale más que no te dé nada, porque siempre sale al revés.

—Pues me gusta; todavía me vas á decir que yo tengo la culpa.

—No tanto; pero tengo yo más mala sombra que la que conviene á un hombre solo y créeme que tú me das algo de la tuya, que tampoco es muy buena que digamos.

—Bien, hombre, bien; no nos vayamos á disgustar encima. Anda, distráete un poco antes de comer, lee el periódico que ha subido la portera,—y le señalé uno, sobre la mesa del comedor.

—No tengo gana de más embusterías; no quiero leer ni pensar... ni nada... y calla.

Eulalia comprendió que lo mejor sería callarse. Sentada como estaba, apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos, pasando distraidamente la vista sobre anuncios y noticias, mientras que su marido se mecía en el balancín.

Pasaron unos cuantos minutos.

—Oye, oye, Julián. ¿Cómo me dijiste que se llamaba tu tío?

—¿Por qué? ¿Qué hay?

—Tú contéstame.

—Lucas Comet y Palou; y es diputado provincial.

—¡Ay! Julián de mi alma. ¡Qué suerte! Tu tío se ha muerto.

—¿Sí?—y pegó un brinco saltando sobre el asiento que por poco si



«PLAFÓN DECORATIVO» PINTADO POR RAMÓN Y JULIO BORRELL.

Propiedad de D. Alejandro Damians.

rompe la rejilla y se cuela por ojo.—A ver, á ver; trae acá. ¿Dónde?... ¡Ah! sí... ¡Calla! Pues es verdad. Este lo toma de un diario valenciano, y dice que soy yo el heredero, está claro, «el heredero es un sobrino que está en Barcelona,» luego... ¡Ay! Eulalia, toma y toma,—y la besó vigorosamente.

—Quita... ¡Ay! Dios... Mira lo que es mi corazón, pero tú... ¡Qué bien! Yo no sé lo que me digo, es que... ¿Pero será mucho?

—La casa... ¡La gloria!

Julián no era más que un simple dependiente de comercio. No había en él nada de extraordinario, era de los vulgares. Años atrás comenzó con las mejores intenciones. Confiando en su trabajo, abrigaba esperanzas de fortuna. Eran los sueños juveniles propios del hombre honrado. Siempre cumplió, haciendo las cosas lo mejor que supo y le dejaron hacer. Sin que fuera un modelo, servía perfectamente para el escritor. Era útil.

Desgraciadamente, en Barcelona, como en todas partes—ilusiones á un lado,—son muchos los llamados y muy pocos los escogidos. Las retribuciones son exiguas, salvo bien contadas excepciones; el dependiente oficinista ú hortera, no está mejor que el empleado sujeto á cesantías, y, con corta diferencia, cual más, cual menos, todo viene á ser uno, y lo mismo y todo como porvenir: nada entre dos platos.

Y esta es la verdad pura y neta.

El pobre Julián, á pesar de sus buenos propósitos, acabó por odiar lo que al principio fué su amor.

Y tenía disculpa; cualquiera en su caso piensa del mismo modo. Tras de vencer insuperables dificultades, colocábase al fin, y cuando

comenzaba á ser si no indispensable—que en rigor nadie lo es—por lo menos á tener ya cierto prestigio, y á levantar cabeza ganando mediano sueldo, de la noche á la mañana, todo se iba á rodar y, ó por quiebra ó por disolución ó por economías, lo cierto es que por una ú otra causa le limpiaban el comedero.

Y en las huelgas forzosas, siempre los mismos temores y desconfianzas, siempre las mismas quejas y amarguras. En estos momentos y falto de recursos, es cuando se hace palpable que la vida no vale lo que cuesta.

Y es que para Julián como para otros, la vida no es más que un timo miserable.

Pero la herencia era su salvación; llegaría á ser independiente, al fin cesaría de estar á las órdenes de nadie; sería alguna vez amo de sí, dorado y risueño ideal de todos los que en la lucha por la existencia, cambian trabajo por dinero. El hombre—cosa de la realidad social,—iba á trocarse por el hombre,—persona de los filósofos idealistas.

Y todo por qué; vayan ustedes á ver; pues, por la avasalladora influencia de unas cuantas medallas de codiciados metales.

¿Cosa más sencilla y bien tramada! Bondad divina. ¿Quién osaría negarte?

Tres ó cuatro días después, la carta de un amigo ó conocido, dábele cuenta de todo, manifestándole por encargo del notario, que si no podía acudir en seguida, bastaba con que hiciese saber en regla su conformidad en vista de la notificación que oportunamente se le pasaría. Al mismo tiempo pedíasele no sé qué cantidad para formalizar pagos y gastos.

Inútil es decir que ambas cosas cumplió.

¿Cómo no? Buscó prestado y, gracias que encontró, sin duda, porque lo hizo con fe; pero ¿qué le importaba un sacrificio más?

Quince ó veinte días después marchó á Valencia.

Eulalia tuvo noticia de la llegada; pero pasaban días y días sin recibir carta de él: se consumía de impaciencia. Por último, cuando en sus conjeturas llegaba hasta suponer que la riqueza había vuelto á su marido calavera y disoluto, recibió la siguiente epístola:

«Tú extrañarás que no te haya escrito antes; pues ya verás y admirarte, porque te vas á admirar; te lo digo yo.

El día 27 del mes pasado fuí puesto en posesión de la casa y... ¡Maldita sea mi suerte!

Mi tío, así esté ardiendo en los profundos, no era buena persona ni mucho menos; pariente al fin, y, no quiero recordar cuestiones de fami-

lia. Ultimamente, se metió en probaturas é invenciones; bueno. Luego según dicen tiró de rumbo con *La Fiscala*, bailarina, y ya comprenderás tú, que no gastaría los cuartos rezando el rosario. Luego, no escatimaba nada, hacía viajes y se iba de baños, pintando la cigüeña siempre que podía. Ya ves tú, un viudo echarla en grande. ¿Y de dónde le venía? De ninguna parte; pero era necesario que fraguara mi desgracia y la tuya y la de nuestros hijos... si los tenemos.

Y ahora viene lo bueno, lo más bueno, Eulalia de mi alma. El pilla de mi tío tenía deudas, é inmediatamente que ya fuí heredero de hecho, se me presentaron dos acreedores con dos escrituras de hipoteca, diciéndome que tenía que pagarlo todo, intereses inclusive; y todo, según sus cuentas, es más de lo que vale la finca; para que te vayas enterando.

Me quejé al notario; me contestó muy tranquilo.—Señor mío. ¿Y por qué aceptó usted? Usted pudo y debió enterarse con tiempo, que nadie le

(Sigue en la página 288).



CARLOTA LAMADRID

ENRIQUE SÁNCHEZ DE LEÓN

A los que hemos conocido los prósperos tiempos del teatro español, duélenos en el alma su manifiesta decadencia,—presagio quizá de una inminente ruina,—que se achaca generalmente á la carencia de buenos actores. Algo hay de eso; pero la causa lógica de tal deficiencia, viene de lejos: data del día en que los públicos, abjurando del buen sentido que los caracterizaba, volvieron la espalda al verdadero mérito, para echarse en brazos de un género abigarrado, raquítico é insubstancial que hace veinticinco años se hubiera aceptado, cuando más, como fin de fiesta.

Esta conversión inexplicable fué helando en flor las ilusiones de la juventud llamada á cubrir las vacantes que la ancianidad ó la muerte producía en las filas del arte dramático; pues si, llevado por su afición, puede, el que á ella se lanza, arrostrar las penalidades y desengaños que le son inherentes, no transige con la postergación y el menosprecio á que, anticipadamente, en cabeza ajena se ve condenado.

Mientras se vaya al teatro por mero pasatiempo, sin distinguir lo culto de lo grosero, lo sano de lo pernicioso, lo vulgar de lo sublime, se tendrá que lamentar cada vez más la carencia de buenos actores: en tanto que los públicos deseen exclusivamente y á todo trance reir, holgarán los admirables intérpretes de aquellas hermosas producciones que llegaban al corazón y hacían llorar.

Sugiérenos estas tristes reflexiones, la anomalía que de algunos años acá se observa en el clásico Principal, donde en mayor escala déjase sentir la influencia del mal gusto que lamentamos y que, por lo visto, ha ejercido funesto contagio hasta en las clases ilustradas, pues ya no le favorecen con el afán y constancia que antes; salvo cuando, de paso y á peso de oro, se exhibe en él algún extranjero de fama no siempre justificada.

La compañía de declamación que actualmente funciona en dicho coliseo, con más honra que provecho, ha dado pruebas de merecer en gra-

do sumo el favor de los barceloneses, y así debemos pregonarlo, en conciencia, cuantos conservamos un resto de juicio claro en medio de la ofuscación reinante. El personal es escogido, estudioso, propio para la alta comedia que constituye su repertorio y desempeña individual y colectivamente con singular acierto; figurando al frente los esposos Carlota Lamadrid y Enrique Sánchez de León, sobrina ella de las dos actrices ilustres de aquel apellido, que tanto esplendor dieron á la escena española, y discípulo predilecto él del inolvidable Emilio Mario.

¡Bien corresponden ambos á su artístico abolengo! Desde que pudieron volar sin cortapisas de ningún género, pues aquí sólo se les conocía como actores de fila, aunque ya se les auguraba un porvenir brillante, su talento é inmejorables facultades se desarrollaron de tal modo que fuera notoria injusticia regatearles el título de eminencia: lo han conquistado gallardamente en el desempeño magistral de selectas y difíciles obras de temible comparación; sancionándolo en todas ellas los aplausos entusiastas del auditorio, á la par que nuestros compañeros en la prensa.

Son dos artistas de buena cepa, simpáticos y de ilustración vastísima, que nos rejuvenecen con el recuerdo de pasadas glorias; son de los llamados á sostener por algún tiempo aún el prestigio de que gozaba nuestro teatro nacional: son, en fin, una actriz y un actor de los pocos que quedan.

El ALBUM SALÓN, consecuente en su propósito de señalar y enaltecer el mérito, donde quiera que le halle, se complace en testimoniar el aprecio y admiración que tan homogénea y valiosa pareja le merece, publicando su retrato, enviando á la Lamadrid y á Sánchez de León, en estas pocas líneas, únicas de que disponía, la más cordial enhorabuena,—extensiva á las actrices y actores que dignamente les secundan y comparten sus triunfos,—y deseándoles que el resto de la temporada satisfaga sus aspiraciones como empresarios, ya que las han visto plenamente realizadas como artistas. ***

JOSÉ CUSACHS



REGRESO DE LAS CARRERAS

Salón Robira (Fernando VII, 59).